

# LA UNIDAD CATÓLICA,

Esta Asociación no solamente esquivó sino que rechaza todo cuanto pueda dar ni aun sombra de pretexto para que se la confunda con ningún partido político.

ÓRGANO

DE LAS ASOCIACIONES DE CATÓLICOS

DE LAS BALEARES.

SEGUNDA SERIE.

Sabemos desde ahora que se intentará negarlo; conocemos todo el interés que habrá en aparentar desconocerlo; pero ante Dios y ante la patria aseguramos que esta es la verdad.

IDEM.

MANIFIESTO DE LA CENTRAL DE MADRID.

## LA MISION DEL ABANDONO.

Se ha notado que á medida que el hombre se perfecciona dá mas importancia á las ideas, y á medida que se degrada, la dá á la fuerza. El salvaje tiene su razon en la punta de su flecha, y el hombre civilizado tiene su fuerza en la punta de su pluma. De aquí es que puede considerarse como un verdadero progreso el ver á las naciones manejar la pluma en vez de la espada, batirse con notas en vez de cañones, y hacer sus conquistas con protocolos en lugar de los ejércitos. La accion de la fuerza es mas instantánea, la de la idea mas duradera. La fuerza trastorna momentáneamente los imperios, rasga los códigos, suprime las costumbres: la idea con mas lento trabajo rectifica las fronteras, restaura las leyes, renueva los hábitos populares. La importancia de las ideas no la conocieron los antiguos. Los filósofos disputaban con pueril vanidad, y los guerreros con planta brutal ahogaban la voz en su garganta. ¿Qué le importaban á Roma vencedora las floridas declamaciones de los sofistas atenienses? Estas galanas flores podian á lo mas arrojarse á los piés de la soberbia matrona cuando recorria su triunfal carrera. Despues que la religion de Jesucristo trajo al mundo ideas divinas, se vió á miles de ciudadanos, no solo varones robustos, sino ancianos, niños, mugeres, morir por esas ideas, y bañar con su sangre toda la haz del mundo conocido por el largo

trascuro de tres siglos, hasta que el riego de esta sangre hiciese germinar en la tierra la preciosa semilla. Entonces, recobrando el hombre su dignidad, comprendió que tenia en sí algo mas robusto que los brazos de este cuerpo, y sintió en su seno un vigor que no le comunicaba la fuerza de su sangre, sino la fuerza de su espíritu. La religion de Jesucristo es la única que se ha presentado al mundo y lo ha enseñoreado sin mas armas que la palabra; pero el espíritu del mal, despues de tentar en vano la fuerza, la astucia, todos los medios violentos, se ha dicho *seré semejante al Altísimo*, y como él pretende dominar al mundo con sola la virtud de las ideas. Vedlo; al templo opone el club, á la cátedra del creyente la cátedra del ateo, al libro religioso el libro impío, á la hoja devota la hoja incendiaria; yo recuerdo con dolor que de él se ha escrito: *seducet gentes quæ sunt super quatuor angulos terræ.* (Apoc. xx, 7.)

Mientras los celosos apóstoles de la verdad y los furibundos propagandistas del error así combaten con las formidables armas de la palabra, solo un sér permanece indiferente espectador de la lucha gigantesca. Este sér no ama la verdad, por la cual se han vertido torrentes de sangre; no teme tampoco el error que envuelve al mundo en un paño mortuario. Mostradle á la Europa entera alzarse como un solo hombre, y marchar al Oriente para conquistar un sepulcro; pero no esperéis que el entusiasmo haga dar un latido mas á

su corazón helado. Mostradle esa pila inmensa de altares y de tronos á la cual aplica su mecha la impiedad moderna, y vereis como pasea su pupila distraida por ese monton de ardientes cenizas y calcinadas piedras. Esa raza espúrea de una generacion de gigantes se entretiene en romper con imbécil mano y arrojar al fuego la lanza y el escudo con que nuestros padres conquistaron el mundo y desalojaron los dioses del alto Olimpo; y cuando el fragor de los combatientes atruena sus oídos, cuando las salvadoras afirmaciones de la verdad y las horribles negaciones del error trastornan los pueblos y hacen retemblar la tierra con su potente choque, entonces esos pigmeos bajan al revuelto campo, irguen su diminuto cuerpo, y alzando la chillona voz, con mímico ademan gritan á los combatientes: «Oh! calmad, calmad la importuna saña. ¿Qué os importa si hay Dios, si hay alma, si hay eternidad, si hay verdad y justicia absolutas? Dejad impertinentes teorías, y bebed, embriagaos en el festin de la vida. ¡Vivir es gozar!» — ¡Vivir es morir con gloria! responden los atléticos combatientes, mientras los pigmeos desaparecen bajo sus piés confundidos con el polvo de la tierra.

Si los apóstoles de la verdad desempeñan en el mundo la *mision del respeto* y los propagandistas del error la *mision del desprecio*, estos estúpidos esclavos del indiferentismo no tienen en el mundo mas mision que la triste *mision del abandono*. Abandono en religion, que para ellos no es mas que un mito; abandono en sociedad, que para ellos no es mas que un caos; abandono en política, que para ellos no es mas que un negocio.

En religion todo lo que atestigua la intervencion de un poder sobrenatural y divino lo recibe el indiferentista con la sonrisa del desden y la mofa del escarnio. Para él no son verosímiles los milagros de los santos, los oráculos de los profetas, el relato de los evangelistas. Para él son absurdo los misterios, ensueño las esperanzas inmortales, y espectros los pavorosos y eternos castigos. Para él es en extremo ridículo suponer siquiera que Dios converse con el hombre, y que el criador

atienda para nada á sus criaturas. Para él nada hay de positivo mas que las comodidades y placeres de la vida: su cielo es el mundo, su Dios es el oro, su gloria es gozar. Pero como el hombre no es carne, como es esencial é indestructiblemente religioso, el indiferentista no puede pasarse con la naturaleza desnuda, y tiene que vestirla con el manto de una religion que satisfaga ó aduerma siquiera las exigencias de su corazón y de su cabeza. Una religion filosófica y sentimentalista es lo que basta y sobra al indiferente. Trocar en convicciones las creencias y en vagos sentimientos los rígidos deberes, sustituir los fallos inflexibles de la fé con las aéreas elucubraciones de la razon, y los austeros preceptos de la moral con las cómodas y holgadas interpretaciones del pundonor, dejar que la cabeza admita ó rechace lo que quiera y que el corazón obre y sienta como guste, sin tomarse mas molestia que la de sobredorar un poco lo que sea sobradamente extravagante ó indecoroso; tal es la religion del indiferentista. Podrán achacársele muchos defectos, pero no seguramente el de que sea sobrado rígida y austera. Con todo, el indiferentista no se desata como el impío en furibundas invectivas contra los dogmas, los preceptos y los ritos religiosos; hasta, si quereis, bendice esas doradas *ilusiones* con que algun genio benéfico ha querido adormecer á los simples y candorosos mortales para que, bebiendo en la copa encantada, no sintiesen los abrojos que lastiman sus piés por el áspero sendero de la vida. El indiferentista cree hallar ventajas positivas en que los hombres conserven ciertos hábitos religiosos, que sean para el pueblo un freno, para la muger un entretenimiento, y para el hombre un título de honor. La *religion-freno* calma las furias populares y encauza las desbordadas pasiones: á los ojos del indiferentista hace el papel del dogo que le guarda los umbrales y defiende de manos codiciosas sus repletas arcas. La *religion-supersticion* entretiene la frivolidad de la muger con la imágen y el rosario, como pudiera entretenerla el traje rico y el mueble suntuoso. La *religion-honor* dá al hom-

bre, á su palabra, á su carácter, á sus caprichos un sello de dignidad y entereza que sienta muy bien en ánimos varoniles, y viene á ser como la bruñida espada que pendía del gallardo cinto de los antiguos castellanos. A los que les parezca bastante aceptable esta religion del indiferentista solo les pediremos que levanten un cabo de su manto, y contemplen el frio esqueleto que bajo ese manto de oropel se encubre. Sin fé, sin amor, sin esperanza, el indiferentista vive y muere en el abandono.

Y si el indiferentista deja los santos deberes de la religion en un repugnante abandono, ¿qué bases estables, qué principios fijos, qué deducciones lógicas establecerá en el terreno social? Ah! el indiferentista no toma aires de filósofo ni de pensador profundo: concede el principio y niega la consecuencia; permite el hecho y no otorga el derecho; tolera la idea y castiga la obra; santifica el resultado y combate la teoría; para todo tiene un medio, un pretexto, una razon, un sistema. Su tema favorito es el de igualdad, libertad, fraternidad; pero él sabe muy bien y conoce practicamente que hay una *igualdad* que desequilibra, una *libertad* que encadena y una *fraternidad* que divide y enemista. ¿Hablais de verdad? Oh! la verdad es la luz, es el sol esplendoroso de las sociedades; pero esta luz pasa por un prisma de infinitas caras, y cada una de esas caras refracta su diferente rayo en una de las inteligencias: así todas las ideas, todas las opiniones son verdaderas, y todas son incompletas. ¿Hablais de justicia? Oh! la justicia es santa y sagrada, pero hay muchos criterios de justicia; cada sistema, cada fraccion, cada personalidad tiene el suyo: viene á ser como la ley de la moneda, la que segun una ley es justa, será falta ó sobrada segun otra; así un santo puede ser condenado por *fanático* y un bandido premiado por *patriota*. ¿Hablais de orden? Oh! el orden es inviolable; pero hay muchas esferas de orden, hay el orden de las clases altas, de las bajas, de las intermedias; en cualquiera de las tres coloquais el orden, allí está el centro, de allí emanan todos los derechos; las otras recorren la circunferencia y gravitan hácia el centro solo por sus debe-

res. Así la aristocracia, la democracia y la mesocracia no son tres hermanas, sino tres rivales, son Juno, Minerva y Vénus que se disputan la manzana de la discordia: cada vez que París adjudica á una de ellas la fatal manzana, se renuevan los eternos odios, las inacabables contiendas. ¿Hablais en fin de propiedad? Oh! la propiedad es buena, es justa, es necesaria; pero hay muchas clases de propiedad: hay la propiedad del pobre, la del rico, la del estado, la de la Iglesia. La propiedad de la Iglesia es *incautable*, la del estado es *esplotable*, la del rico es *nivelable*, la del pobre *respetable*. Ah! ¿y no os parece que en épocas de crisis sociales, de supremos peligros, el escéptico por sus ideas *claras*, por sus principios *fijos*, por su carácter *enérgico*, ha de tener gran corazon y robusto brazo para salvar á las sociedades del inminente cataclismo? Ved lo que sucede: la ciencia se oscurece, las teorías se complican, los sistemas se abandonan, las opiniones se dividen, los caracteres se enervan, el malestar cunde, el edificio social tiembla en sus cimientos y amenaza desplomarse sobre nuestras cabezas; y á todo esto el escéptico pasea sus distraidas miradas por los conturbados elementos, sin soñar siquiera con el peligro: sin duda para esa alma *intrépida* se ha escrito,

*Si fractus illabatur orbis*

*Impavidum ferient ruinæ.*

Abandono! abandono! tal es la mision que desempeña el indiferentista en el terreno religioso y social; ¿qué diríamos si lo considerásemos en el campo de la política? Oh! permítanos llegarnos á la cerca de ese terreno vedado, y dirigir una mirada furtiva, no á las sectas que allí se mueven y se combinan y se fraccionan, sino tan solo á los dioses y á los altares en torno de los cuales danzan y juegan y banquetean los grupos que profesan el escepticismo político. Vedlos á esos profundos estadistas, á esos sagaces diplomáticos, á esos sabios legisladores, á esos elocuentes oradores, á esos hábiles políticos y hacendistas afortunados, postrados de hinojos ante el dios *lucro*, el dios *éxito* y la diosa *transaccion*. Oid, oid sus cantares: «Gloria á tí, dios del oro! El

poder y la fortuna son tus vasallos! Con el oro se compra el honor, se compra la justicia, se compra la conciencia! El oro funde las leyes, rige la opinion y crea las cívicas virtudes! Salve, oh dios del oro! tú declaras la paz y haces la guerra, conciertas los tratados y los quebrantas, levantas los tronos y los haces astillas!» Al oír esos cantares el áureo dios levanta sus manos, y una lluvia de oro desciende sobre el campo de sus hambrientos adoradores.» Dios del éxito! hijo mimado del destino! á tí aclaman los fuertes; á tí rinden los débiles sus vencidas cabezas! Tú te asientas sobre la movible rueda de la fortuna, y con mano soberana repartes las varias suertes á los mortales! Tú truecas en grillete el dorado cetro, y en cordon de honor el dogal ignoble del verdugo! Tú reflejas sobre la traicion el brillo de la lealtad, y cubres el despojo con el manto de la justicia! Protéjanos tu brazo poderoso, y haz que subamos al poder aunque sea por las gradas del cadalso!» A estas voces lisonjeras, el caprichoso dios mueve su rueda, y vuelve las espaldas á sus burlados servidores.—«Transaccion! diosa benéfica y clemente! Tú atas los extremos y realizas los imposibles! Tú haces pacer el leon al lado del manso cordero! Por tí la inocencia se abraza con el crimen, y la probidad y la deshonra duermen bajo un techo! Por tí el rey se hace mendigo, y cubre el manto real las espaldas del plebeyo! Tu tajante espada todo lo divide y nivela, á los libres y á los esclavos, á los vencidos y á los vencedores!» A estas palabras mueve la diosa su cabeza de dos caras, y lluvia copiosa y pedrisco asolador caen confundidos sobre los campos.

Nada mas lejos de mi ánimo que zaherir en lo mas mínimo á los hombres de conciencia, que cualesquiera sean sus opiniones, trabajan con fé en el terreno político-social y cumplen con sus deberes religiosos. Mi único objeto ha sido probar que nuestras sociedades se mueren de hambre, que aquí faltan verdades, faltan caracteres, faltan virtudes, y sobran escépticos é indiferentistas, sobran *misioneros del abandono*.

MIGUEL MAURA PRO.

## SERMON

PREDICADO

### EN LA INAUGURACION DEL SÍNODO DE JAEN

POR D. MANUEL MUÑOZ Y GARNICA,  
canónigo Lectoral y secretario del Sínodo.

(Conclusion.)

Ya no se pone en duda, mis queridos hermanos, que la Iglesia nos ha salvado muchas veces por sus concilios, y se hacen los mayores elogios en nuestra patria de la grande obra de redencion que llevaron á cabo los concilios de Toledo. Acabaron cismas; destruyeron heregías, salvaron la fé, la civilizacion cristiana, la unidad nacional, la propiedad y la familia. ¿No es doloroso que se lancen algunas censuras contra la conducta de la Iglesia por haber empleado medios enérgicos, consiguiendo poner á salvo tan grandes intereses? Si se reconoce el mérito de la grande obra, ¿cabe el decir que la Iglesia redimiéndonos traspasó el límite de sus atribuciones divinas? La injusticia del cargo se conoce ahora, pues que todavía causa algunas alarmas el que la Iglesia se congregue, cuando la sociedad civil se desmorona; todavía se ve con extrañeza que en el nombre de Jesus el obispo convoque á sus discípulos, y los exhorte á defender el reino de Dios, y les dé virtud para sanar enfermedades, aunque todos confesamos que la sociedad está enferma y decimos con Isaías que «no tiene parte sana desde la planta del pié hasta el remolino de la cabeza.» *A planta pedis usque ad verticem capitis non est in ea sanitas.*

Acabaremos, mis queridos hermanos, esta defensa de la Iglesia que de tal modo esclarece la importancia de los concilios, haciendo una observacion acerca de la obra y los resultados que produjo el santo concilio de Trento. La experiencia de tres siglos ha venido á confirmar la prevision y sabiduría de tan ilustre asamblea.

Tambien eran muy malos los tiempos en que el sínodo tridentino se congregaba: la Iglesia no contaba con ningun apoyo; y no pudiendo aplicar remedios directos á los males del siglo, se encerró en las materias de fé y disciplina. Alguna vez dirigió súplicas, advertencias y aun amenazas á las potestades seculares, anunciándoles en lo porvenir daños gravísimos; pero los poderes amenazados por la revolucion religiosa no conocieron el peligro. Puesto que la heregía protestante empezaba halagando á los príncipes y exaltando hasta las nubes el poder civil con miras de deprimir al eclesiástico, muchos

príncipes católicos se persuadieron de que, por mal que vinieran las cosas, el daño no lo sufrirían ellos, sino la Iglesia. En vista de lo cual, la Iglesia se replegó, y se puso á defender el santuario. Hizo lo que en los siglos medios cuando amenazaba la caída del imperio romano: los padres del concilio de Trento entrevieron los estragos de la revolución religiosa y la catástrofe de la sociedad moderna; mas como los príncipes seculares no tuvieron tanta prevision, la Iglesia legisló para sí misma.

La reforma tridentina nos salvó por entonces, y ahora también: porque unida y disciplinada la Iglesia con saludables disposiciones, se ha mantenido fuerte, ilustrada y vigorosa, mientras las sectas heréticas fueron fraccionándose de día en día, acabando por destruir el poder civil hasta en sus fundamentos. Las previsiones de la Iglesia se han realizado, la revolución religiosa produjo todos sus efectos, y las potestades seculares habrán conocido, aunque á destiempo, cuánto mejor hubiera sido dejarse guiar por los consejos de la Iglesia, que anunciaba con claridad las funestas resultas que había de producir la herejía. La sociedad espiritual ha mantenido una cohesión admirable en medio de los estragos de la sociedad civil; de suerte que al derumbarse los gobiernos con este estrépito, cayendo las naciones en el abismo de la anarquía, en un momento se juntaron en Roma los obispos del orbe católico, abriéndose bajo la presidencia del sumo pontífice el concilio ecuménico del Vaticano. La Iglesia puede salvarnos, porque está unida; la Iglesia puede venir en apoyo de la sociedad que se disuelve: ¿será de temer que la augusta asamblea traspase sus atribuciones divinas? La Iglesia congregada en Roma en las circunstancias más difíciles, comienza por dar la mano á los poderes temporales para que se levanten del suelo, estableciendo los verdaderos principios, los únicos principios del gobierno de las naciones. Ahora se ve cuán cierto es que fuera de la Iglesia no hay salvación. Creyó la sociedad temporal que se bastaba á sí misma, y que podía rechazar impunemente la mano con que le brindaba la Iglesia: desde aquella separación camina al abismo. Fuera de la Iglesia no hay autoridad, ni libertad, ni sociedad verdadera; de tal modo, que si la divina virtud de la religión que nos ha redimido tantas veces no restaura los principios vitales de la sociedad amenazada de muerte, todos pereceremos. De aquí los tristes pronósticos que tal vez llevan las alarmas demasiado lejos, cual si ya tuviéramos delante de nuestros ojos los horrores de la disolución y las convulsiones de la agonía.

Direis otra vez, mis queridos hermanos, que estoy engrandeciendo el asunto, supuesto que los sínodos diocesanos jamás pudieron tener esa importancia: pero todo recibe grandes proporciones en la Iglesia de Dios, vuelvo á deciros. ¿Qué mayores sucesos que los que abrieron en tiempo de los reyes Católicos el período de la historia moderna, enlazándose con la reconquista de España el descubrimiento del nuevo mundo? Pues ante la magnitud de tales sucesos no se detuvo el Sr. Osorio obispo de Jaen, sino que en la medida de sus fuerzas contribuyó á la libertad de la patria y á la defensa de la sociedad. El obispo ayudó con socorro de lanzas á terminar la gloriosa campaña de siete siglos; y en 1492, es decir, en el año mismo en que la toma de Granada ponía término á la obra de la reconquista, mientras el estandarte de Castilla ondeaba sobre las torres de la Alhambra, el ilustre obispo de Jaen convocaba el sínodo diocesano. Entre las preocupaciones de la guerra no se distrajo de los deberes de su ministerio: con una mano ayudaba á la patria, con otra á la Iglesia; desprendíase de los brazos de los caballeros que militaron en la heroica empresa, para tratar con sus capitulares sobre las reglas y constituciones del santo sínodo. Conocióse entonces la necesidad de reunir estas asambleas, sin que la magnitud de otros acontecimientos colosales quitase á los sínodos su intrínseca importancia, la cual en vez de aminorarse, tomaría mayores proporciones por virtud de su estrecha relación con aquellos mismos sucesos hácia los que se convertía la atención de todo el mundo.

Y supuesto que se abre otra vez la era de los concilios, yo voy á decir brevemente cuánto hemos de agradecer á la divina Providencia el que se renueven las asambleas cristianas para bien de la Iglesia y de la sociedad.

## II.

No será inoportuno decir con el poeta pagano: *multa renascentur quæ jam cecidere*. Muchas cosas renacerán, que ya de largo tiempo cayeron en desuso. Esto pasa con todo, y lo mismo ha pasado con las asambleas eclesiásticas. Después de los estragos de la revolución francesa en el pasado siglo, ha vuelto la Francia á celebrar sus concilios con toda la majestad del antiguo derecho. Lo mismo sucede en Inglaterra, donde el catolicismo viene consiguiendo tan señaladas ventajas. Lo mismo sucede en Alemania, donde los obispos se reúnen una y otra vez en Fulda, ante la tumba de san Bonifacio, el apóstol de los alemanes. Lo mismo habrá

de suceder en España; y esta humilde congregacion que hoy se inaugura en el día de nuestro primer obispo y mártir san Eufrasio, podrá ser la señal que resucite los sínodos españoles y reanude la historia de nuestros concilios provinciales, ¿Quién lo impeliría? nadie. ¿Qué poderes enemigos fueran capaces de sofocar estas aspiraciones de la Iglesia? ¿En dónde están esos poderes? en ninguna parte. ¿Podiera oponerse la revolucion, que es sin duda el mayor enemigo que tenemos de frente? Pero la revolucion ha gastado sus fuerzas en ochenta años de rudos combates, y no ha ganado nada en la destruccion general. Mas bien facilita que impide la vuelta de los sínodos, dejando expedito el derecho de asociacion, de cuya ventaja se aprovecha la Iglesia.

¿Podiera oponerse el protestantismo? tampoco. No tiene poder alguno; no es una doctrina, sino una negacion. Solo por favorecerle se quebrantó oficialmente en España la unidad religiosa, y nada se ha conseguido. Aquí no se sabia la descomposicion de las sectas, y se creyó dar un gran paso en favor de la heregía borrando de una plumada la intolerancia de la ley civil.

¿Podiera oponerse el poder de la ciencia? Pero ese poder tan decantado, en cuyo nombre estamos acometiendo las empresas mas temerarias, ha caido por completo. Los sofistas han reaparecido para destruirlo, porque no hay ciencia que resista la proclamacion de principios absurdos. Desde que el ateismo es la última palabra de la ciencia, de la moral y de la política, ya no es obstáculo para nada: ya no hay ciencia, ni poder, ni religion, ni gobierno, ni disciplina que se pueda oponer al espíritu y disciplina de la Iglesia. Desde que los errores modernos dijeron á la Iglesia por boca de los sofistas: *Recede á nobis et scientiam viarum tuarum nolumus*, sus obras quedaron «como pajas que se lleva el viento y como la payesa que arrastra el torbellino:» *sicut paleæ ante faciem venti, et sicut favilla quem turbo dispergit* <sup>(1)</sup>. Nosotros quedaremos aparte, eliminados, despojados, perseguidos; pero quedaremos con nuestro Dios, con nuestros principios, y con el poder moral cada dia mas necesario. Los despojados y los desnudos no somos nosotros, sino los que quedan sin Dios, sin creencias, sin principios, sin autoridad, sin libertad, todo lo cual, gracias á Dios, no nos falta á nosotros. El error morirá, y nosotros viviremos: para los sofistas se acaba el mundo; para los creyentes

principia ahora. El error morirá, y nosotros sabemos porqué: *ipse morietur quia non habet disciplinam*. «El error morirá porque no tiene disciplina;» la Iglesia vivirá porque la tiene; y la historia nos enseña que de las asambleas conciliares han salido reglas admirables en defensa de la Iglesia y en provecho de la sociedad.

Nadie sabe aprovecharse como se aprovecha la Iglesia de las crisis que se suceden unas á otras con cierta regularidad, y de las catástrofes repentinas. Acontécele á la Iglesia lo contrario que á la revolucion. Hace la revolucion sus ensayos, llega á un punto, quiere detenerse, pero no puede: no hace alto sino breves instantes en el camino de la moderacion y de la prudencia, hasta que dominada por violento impulso, arrastrada por el vértigo, se precipita por la pendiente, y todo lo destruye, todo lo arruina; siempre se deshonor, siempre se mata. Solo la Iglesia sabe aprovecharse de las profundas perturbaciones que no pudo evitar: va anotando los errores, numerando los desastres, apuntando las contradicciones, y en el momento oportuno resuelve todas las dificultades. Buena prueba de cuanto decimos es el *Syllabus* de 1864, y el concilio del Vaticano, que se ha congregado cuando era opinión general que habia pasado la época de los concilios, y que la celebracion de un concilio ecuménico rayaba en imposible.

¡Ah hermanos míos! ¿Quién como Dios para llegar á sus fines por caminos incomprensibles á la prudencia humana? ¿Quién dijera que en este desquiciamiento social y en esta tierra de España, tan castigada por incesantes revoluciones, habian de reaparecer estas asambleas? ¿Quién dijera dos siglos despues del cardenal Moscoso y Sandoval <sup>(1)</sup> que la diócesis de Jaen habia de ser la primera que reanudara tan loables tradiciones? ¿Cómo desaparecieron los inconvenientes que hace doscientos años causaron molestias y vejaciones á la Iglesia de Córdoba con motivo del sínodo que habia celebrado <sup>(2)</sup>? ¿Quién disipó las dificultades que por entonces impidieron en nuestra diócesis la celebracion de otro sínodo, convocado por un prelado tan ilustre como el Sr. Andrade y Castro, fundador del seminario conciliar de Baeza <sup>(3)</sup>?

A Dios se han de atribuir estos favores: y creed, hermanos míos, que cuando descenden del cielo estas indicaciones que se nos revelan por la voz de nuestros prelados, tenemos una prueba de que el

<sup>(1)</sup> Convocó y celebró el sínodo de 1624.

<sup>(2)</sup> Lo celebró el Sr. Alarcon en 1662.

<sup>(3)</sup> El 4 de mayo de 1662 es la fecha de la convocatoria.

<sup>(1)</sup> Job. XXI. 14. 18.

Señor mira por su Iglesia y protege á la sociedad. Volvemos otra vez á la época de los concilios: afirman nuestra persuasion ciertas señales del cielo y de la tierra; y pues comenzamos á celebrarlos en circunstancias decisivas, deberemos preguntar si por ventura nos acercamos á una nueva era.

Solo Dios lo sabe, mis queridos hermanos: pero ya su mano confunde á los sacrílegos rivales de su poder y de su gloria. Ved en qué vino á parar el orgullo del hombre que desafiaba el poder del Altísimo: sus obras son montones de ruinas, y la confusion de Babel es su castigo. Despues que hemos clamado con el santo rey David—*exurgat Deus et dissipentur inimici mei* <sup>(1)</sup>,—nos dice el Señor por el profeta Ezequiel: «Yo los arrojare en el desierto, y no serán recogidos ni congregados <sup>(2)</sup>.» Pero el Señor llama á los buenos, y los congrega debajo de sus alas, como la gallina á sus polluelos. Y esta será, mis queridos hermanos, la señal que traerá los dispersos y fugitivos á la Iglesia de Dios. Se repetirá lo que decia á los gentiles el profeta Zacarías: «Dia llegará en que diez hombres de todas las lenguas de las gentes tomarán á un judío, y le asirán de la franja de su ropa, y le dirán: contigo nos iremos, porque hemos oido que Dios está con vosotros. <sup>(3)</sup>»

Sí, mis queridos hermanos: hombres que hasta aquí han pertenecido á tribus distintas y hablado diversas lenguas, unos que se dicen políticos, otros filósofos, unos avanzados, otros retrógrados, unos soñadores, otros positivistas, unos que fueron poder, otros que figuraron en la oposicion, pero todos aleccionados por la esperiencia, desengañados, aterrados, dispersos, dia llegará en que todos estos hombres arrojados por Dios al desierto de sus vanas esperanzas, sin haber principio que los congrege, creencia que los adune, vínculo que los asocie, viendo pasar un buen cristiano, un sacerdote, un obispo, le detendrán en el camino y le cogerán por el manto, diciéndole lo que ya dicen muchos, y lo que ya está en la conciencia del mayor número: «En adelante estaremos con vosotros: *ibimus vobiscum*.» No podemos vivir sin religion: no se puede vivir de esta manera, violentando á la conciencia, en pugna con el sentimiento general, en guerra con todas las verdades consoladoras, alejados de todos los caminos de la vida. El soplo de la negacion nos ha dispersado; la mano de Dios nos ha lanzado al desierto. Pero ¿dónde está ese Dios que nos arro-

ja tan lejos? ¿Le habremos perdido para siempre? La ciencia que nosotros profesamos es demasiado orgullosa para que le encontremos; los hombres mas sabios solo alcanzaron algunas sombras, y nosotros solo palpamos tinieblas. Pero hemos oido que Dios está con vosotros: *audivimus enim quoniam Deus vobiscum est*: nosotros tenemos necesidad de Dios; nos inspira horror este desierto; y viendo pasar á nuestro lado gentes que en medio de la dispersion babilónica conservan el carácter de la misma tribu y el genio de la misma lengua, hemos reconocido al fin que Dios está con vosotros, que Dios está con su santa Iglesia. *Audivimus enim quoniam Deus vobiscum est*.

Esta es la gran maravilla de los dias que hemos alcanzado; dias de desolacion, pero tambien de consuelo por la muchedumbre que viene á nosotros, cogiéndonos por el manto y diciendo con fervor: *ibimus vobiscum*. El pueblo quiere salvarse, y ve que no puede salvarse sino por la religion. Los que hoy no lo ven así, lo verán mañana: el engaño no podrá durar mucho tiempo. Pidamos al Señor, mis queridos hermanos, que con las luces y dones del Espíritu Santo salgamos de esta asamblea con mas vivos deseos de estender el reino de Dios; espere-mos de su infinita misericordia la curacion de nuestras dolencias, y congreguémonos en espíritu de caridad, muy atentos á los mandatos de nuestra santa madre la Iglesia, para vivir y reinar con Jesucristo señor nuestro en la tierra y en el cielo, por los siglos de los siglos. Amen.

## CRÓNICA.

El 13 del corriente, contestando el papa á una esposicion de señoras romanas que se presentaron á felicitarle con motivo del vigésimo sexto aniversario de su pontificado, pronunció la siguiente alocucion:

«Si bien Dios permite que la santa sede sea con tanta frecuencia blanco de toda clase de contrariedades, de persecuciones y de opresion, no obstante Dios, que conoce la debilidad de su pobre representante en la tierra, le envia consuelos para darle ánimo y fuerzas y ayudarle á vivir animado de plena confianza en la voluntad de Dios. Y esos consuelos, al comunicarle nuevas fuerzas, le ponen en estado de proseguir su penoso camino con la esperanza de un fin mas bello, mas feliz y mas glorioso.

En estos momentos recibo un consuelo, y doy gracias á Dios por él. Tambien os las doy á vosotras por los sentimientos de afecto que me demostrais, y por los deseos que en nombre de todas vosotras acaban de manifestárseme. Díguese el Señor en su infinita misericordia atender estos deseos y comunicaros la fuerza y el valor necesarios para proseguir vuestro camino en la senda en que habeis entrado.

Los peligros son numerosos, y los enemigos no escasean, y abundan tambien las contrariedades. Pero tengamos

<sup>(1)</sup> Ps. LXVII. 1.

<sup>(2)</sup> XXIX. 5,

<sup>(3)</sup> VIII. 23.

ánimo, y para que así sea, os referiré un hecho que me viene á la memoria en este instante y que ocurrió á una alma bienaventurada á principios del siglo último.

Me refiero al bienaventurado Crispin de Viterbo. Era seglar, y tenia por amigo á otro seglar que luchaba con él con noble emulacion para llegar á alcanzar al mismo tiempo que Crispin la perfeccion. En los momentos en que Crispin estaba próximo á entregar su alma á Dios, su amigo se hallaba ausente. Una noche tuvo este un sueño durante el cual vió á Crispin que llevando á la espalda pesada alforja andaba por un camino lleno de lodo y de inmundicia. Y este camino estaba sembrado de gran número de puntas de piedras y de obstáculos, por encima de los cuales Crispin, aunque cargado con la alforja y muy entrado en años, pasaba con gran ligereza poniendo el pié ya en una ya en otra de esas piedras providenciales, sin que el lodo manchase su vestido ni siquiera su calzado. De ese modo llegó á un campo cubierto de flores en el fondo del cual elevábase un magnífico palacio, y entonces adelantáronse presurosas á Crispin considerable número de grandes almas y de jóvenes de incomparable hermosura, y le introdujeron en el palacio místico para gozar de Dios en él por toda la eternidad.

En aquel instante, el amigo de Crispin despertó y dijo: «Crispin ha muerto. Y el sueño que acabo de tener me manifiesta que ese hombre justo, despues de caminar á través de las inmundicias del mundo sin jamás mancharse con ellas, disfruta ahora en el paraíso del premio y de la corona de sus virtudes.»

Hé aquí, queridas hijas mías, un hecho que en todos tiempos me ha infundido valor para viajar por este mundo al través de los escándalos. Ya sé que es difícil asentar siempre el pié en terreno firme, y evitar mancharse con las inmundicias que os rodean. Y esto es tanto más difícil cuanto que nuestra naturaleza es débil y flaca, influye en nuestra alma, y hace más penoso el combatir á nuestros enemigos. Con todo no desmayemos, y prosigamos resueltamente adelante para poder llegar al hermoso palacio de que acabo de hablaros.

Vosotras entraís en las iglesias y eleváis en ellas vuestras oraciones á Dios. Entraís en las iglesias y os acercáis á la mesa santa que comunica fuerzas, vigor y ánimo, y la luz necesaria para caminar por entre tan grandes tinieblas. Al contrario los que están contra nosotros, no entran en estos santos lugares. Y á este propósito os recordaré una parábola muy conocida, adaptándola á las circunstancias. La parábola salida de los labios infalibles del divino Redentor es la parábola del hijo pródigo. Dais sobradas pruebas de que la conocéis, vosotros que os ocupáis de esas pobres mugeres que necesitan vuestro auxilio, á fin de que se conviertan de hijas pródigas en hijas penitentes, y á su vez se hagan dignas de hacer honor á la Iglesia de Jesucristo.

La circunstancia que acabo de recordaros es esta: Ya sabéis que el hermano mayor del pródigo, al volver de un paseo por los campos y al acercarse á la casa, oyó los acordes de la música que su padre lleno de ternura habia llamado para celebrar el regreso de su hijo. Pues bien, al saber por los erizados que además se habia preparado un espléndido festín, el hermano mayor se marchó con despecho y no quiso entrar. *Noluit intrare in domum suam.*

¡Ah! mis estimadas hijas, esto es en pequeño la semejanza de lo que sucede en nuestros días. Nosotros entramos en las iglesias, y ellos no entran; nosotros cuidamos de acercarnos á la mesa eucarística, y ellos no contentos con no acercarse, blasfeman de la santidad de este augusto misterio.

Se imaginan, pues, ellos y sus semejantes, que para calmar las miserias de este mundo (así lo he leído en uno de sus periódicos que se llaman oficiosos y no sé en verdad lo que son) que todas las religiones son buenas, y que por consiguiente las blasfemias de Lutero y de Calvino, la soberbia y la arrogancia de Focio y las ignominias de Mahoma bastan para tranquilizar las almas. Y sin embargo ¡ah! son unos grandes miserables. Oremos por ellos, oremos con ardor á fin de que cesen esas persecuciones

contra la Iglesia de Jesucristo que á ellos mismos son fatales. Os diré algunas palabras más antes de bendeciros. En los primeros años de mi pontificado, antes de salir de Roma á causa de la revolucion, habia un hombre, muerto en el día, que era ministro entre todos los que en gran número se sucedieron entonces. Era bastante revolucionario, pero revolucionario del género más tranquilo, y no de los que empuñan el puñal y el revolver. Me decía haciendo muchas protestas: «Cuando hayan partido los alemanes, santísimo padre—y agregaba á la palabra *aleman* un epíteto bastante fuerte—no desearemos nada más. Cuando nos veamos libres de ese yugo que odiamos, queremos ser vuestros súbditos fieles, y ay del que ataque la santidad de la religion de Jesucristo! Seremos siempre sus defensores y estaremos á vuestras órdenes para sostener esa doctrina en toda su integridad.»

Pues bien, ya habeis visto lo que ha sucedido. El viento se ha llevado esas promesas y ha sembrado de ellas el suelo. Ya habeis visto lo que hicieron esos hombres cuando fueron rechazados los alemanes, qué union, qué paz, qué concordia ha reinado! Habeis visto las provincias ganadas por el que las habia perdido, habeis oido despues los cumplimientos que se han hecho á los alemanes. El aleman, que era un enemigo tan pérfido hace veinte y cuatro años, es en el día objeto de veneracion. ¡Ah! ¡qué perverso es el mundo! El lazo de union para ciertas naciones es en el día el odio contra el Señor y contra su Cristo.

Valor pues y constancia; continuad, hijas mías, en la senda que ahora seguís. No dudeis; á ambos lados, á derecha é izquierda de vosotras, caerán los dardos de vuestros enemigos. Pero Dios os auxiliará, Dios que distribuyó los bienes y que al mismo tiempo saca de los tesoros de su justicia los desastres y las penas. ¡Oh! sí, Dios se acordará de la parábola del hijo pródigo en que está representado como un padre misericordioso y lleno de amor. Se acordará de vosotras, de mí, de toda la Iglesia católica, y alzando su brazo omnipotente, mandará á las olas impetuosas que se paren en el punto que habrá fijado, y dirá: ¡Renazca la calma y que llegue la paz!

Animado de estos sentimientos os bendigo, y recibid con mi bendicion la expresion de mi gratitud por el celo que desplegáis por la gloria de Dios, el bien y la santificacion de las almas. Que esta bendicion infunda valor á vuestras almas, entre en vuestras familias ahogando en ellas toda disension, lleve á vuestra morada la paz, el bienestar y la alegría, y esté con vosotras en el postrer momento de vuestra vida, cuando entregueis el alma á Dios y de vuestros labios moribundos se exhale este último grito: Bendito sea Dios, bendito en su misericordia, en su justicia, eternamente bendito. Y lo bendicireis por siempre cuando Dios os haya admitido en la gloria eterna del paraíso.»

Otra audiencia concedió el papa á la sociedad católica de Velletri, á cuyo mensaje respondió Pio IX con las siguientes palabras:

«Os doy con mucho gusto la bendicion apostólica para los presentes y ausentes, sabiendo con placer que la frecuente asistencia á la iglesia y á la santa comunión ha demostrado en estos días que Velletri se conserva cristiana, á despecho de los pocos que la conturban.

»Si las persecuciones y los combates elevan vuestra alma á Dios, se podría decir como de la culpa de Adam: *O felix culpa.* Pero no puedo decirlo, porque el mal deja siempre las huellas de la impiedad, y sabido es que los efectos de la impiedad son terribles. En otro caso, el consuelo sería completo y se podría decir *felix culpa.* Ruego por tanto á Dios que haga desaparecer pronto esta *falta*, á pesar de las cosas buenas y el gran bien que produce.

»Agradezco los sentimientos que me manifestáis, y bendigo á los presentes y á los ausentes. Llevad esta bendicion á vuestras diócesis y familias.»